

Clásicos latinos e Ilustración: la biblioteca de Nava

Francisco Salas Salgado
Universidad de La Laguna

1. Ya hoy no parece un contrasentido vincular el período de la Ilustración en España con el Mundo Clásico, a sabiendas de la continuidad que en ese momento tuvieron los escritores de la Antigüedad, y donde, como dejaba dicho L. Gil, tuvo lugar una «reanimación de los estudios clásicos».¹ Este hecho no es ajeno al profesor Dr. Jordi Pérez i Durá, a quien se dedica este homenaje, cuyos trabajos sobre humanistas como Manuel Martí así lo demuestran.

En concreto, pretendo incidir sobre este momento temporal en un campo de investigación que estoy llevando a cabo desde hace algunos años, cual es el de analizar la presencia de las obras de los clásicos grecolatinos en las bibliotecas y archivos, públicos o particulares, que existieron en Canarias. El conocimiento de estos libros va a permitir que nos hagamos una idea más precisa de las lecturas y gustos en materia de clásicos en las diferentes épocas.² Algunas de estas bibliotecas acompañaron a sus poseedores desde la Península o de otros países de Europa especialmente en el período inmediato a la Conquista, y otras, con el correr del tiempo, fueron conformándose en suelo insular gradualmente. Del Siglo de las Luces escasas bibliotecas canarias han tenido la fortuna de inventariarse³ (como paréntesis no es deseo fatuo que se unan

¹ L. Gil, *Panorama social del Humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981, p. VIII.

² Cf. en este sentido F. Salas Salgado, «Libros clásicos en algunas bibliotecas del Renacimiento en Canarias», *Calamus renascens* 8 (2007), pp. 221-245.

³ Cf. en concreto para el siglo XVIII, J. A. Infantes Florido, *Crisis religiosa e Ilustración. Un horizonte desde la biblioteca de Tavira: ventanal sobre la Iglesia del siglo XVIII*, Las Palmas de Gran Canaria, 1981. Sobre esta biblioteca véase F. Salas Salgado, «La enseñanza humanística en el siglo XVIII en Canarias a través de la

esfuerzos, en este sentido, entre los investigadores a los que atañe tal tarea, a fin de conocer más sobre los factores que rodean la creación, gestación y posterior difusión del libro en Canarias).

En este trabajo, trataré de una biblioteca, a la que se ha denominado «Fondo de Nava», que se encuentra actualmente en La Laguna, en la sede de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, la cual ha recibido sendos trabajos de catalogación que permiten al investigador de cualquier campo acceder más cómodamente a los libros que atesoraba.⁴ Se desconoce hoy en día cómo llegaron estos libros que fueron conformando una colección de aproximadamente cinco mil volúmenes. Este fondo lo constituían libros escritos en castellano, inglés, italiano y otras lenguas, siendo mayor el número de volúmenes escrito en lengua francesa. El contrabando de libros fue la vía habitual de penetración, sobre todo, de los libros en francés en Canarias, a pesar de que en ese momento las relaciones comerciales con dicho país no eran notables.

2. Relacionado con esto –entrando ya en materia– es lógico pensar que la existencia de un número grande de libros en francés sea consecuencia de la importancia que la cultura de dicho país iba a tener en el llamado Siglo de las Luces, uno de los condicionamientos, como recordaba J. M. Caso González,⁵ que provocó que la crítica no viera con buenos la literatura generada en este período. Sin embargo, va a ser la existencia dentro de la época ilustrada de determinadas corrientes literarias (en concreto la corriente neoclásica) lo que propicia que no caigan en el olvido las lenguas clásicas (sobre todo la lengua latina),⁶ cuyos autores fueron y continuaron siendo mo-

‘Biblioteca’ de Antonio Tavira», *Anuario de Estudios Atlánticos* 46 (2000), pp. 235-267.

⁴ En este sentido es deudo este trabajo de J. M. Castellano Gil-F.J. Macías Martín, *Catálogo de las obras en castellano del fondo de Nava*, La Laguna, 1995 y de M^a. C. Marrero Marrero, *El fondo francés de la Biblioteca de Nava*, La Laguna, 1997. El fondo castellano lo constituyen 710 tomos y el francés 725. En adelante para identificar la pertenencia a estos legados, uso FC para el Fondo Castellano y FF para el Fondo Francés, acompañándolo del correspondiente número de orden, con el objeto de que cualquier lector pueda consultar otros datos.

⁵ J. M. Caso González, «Temas y Problemas de la literatura dieciochesca», en F. Rico, *Historia y crítica de la literatura española. IV. Ilustración y Neoclasicismo*, Barcelona, 1983, p. 11.

⁶ Esa dicotomía entre latín y francés, y los problemas que se presentaban a fin de favorecer la difusión de las obras los refiere J. Álvarez Barrientos (*Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*, Madrid, 2006 p. 30): «Si el

tivo de lectura. Es más, seguramente los nuevos conceptos e ideas (y los avances, sobre todo, en la edición de textos) desarrollados allende los Pirineos en materia de clásicos serían aprovechados por las inquietas y cultivadas mentes de los ilustrados.

También favoreció esa continuidad de los textos clásicos, sobre todo los textos de autores latinos,⁷ la existencia en unos planes de estudio donde estos autores seguían siendo la base. No obstante, no se han de obviar las simpatías que muchos de aquellos ilustrados tenían en materia de lectura, debido a lo cual pueden aparecer autores clásicos que no se encuentran en los programas docentes de la época.

A este respecto, La Laguna en el siglo XVIII conoció el establecimiento de la Universidad de San Agustín, en 1701, en cuya consecución participó precisamente Alonso de Nava, segundo marqués de Villanueva del Prado, del que luego se hablará, y donde se daban diversas materias entre las que se encontraba la de Gramática Latina; y, posteriormente, la creación en 1792 la Universidad Literaria de San Fernando, cuya existencia se prolongó hasta 1845. No hay que olvidar, además, los estudios establecidos en los conventos.⁸

Sin embargo, también los clásicos eran aprendidos en otras instituciones típicamente ilustradas. En efecto, Canarias no fue ajena a una de las «modas» dieciochescas cual fue la existencia de las llamadas Tertulias que reunían a miembros de las familias aristo-

idioma identifica a una nación, la República de las Letras se dotó a sí misma de su propia lengua, el latín. Perder el latín, que fue proceso lento como instrumento de intercambio fue un primer paso para la disgregación de esa 'sociedad de naciones', y usar el francés como lengua de intercambio en el siglo XVIII no parece que fuera del gusto de todos. Muchos, en especial los científicos y filósofos, se negaban, pues se dirigían a un público especializado».

⁷ Valga añadir, como apostilla, que la producción literaria en latín, conoció en el siglo XVIII en Canarias un momento de esplendor. Algo que puede considerarse lógico por la propia evolución histórica de las Islas Canarias, pero que viene a incidir en la continuidad y presencia de los autores clásicos en los siglos posteriores al Renacimiento. Cf. F. Salas Salgado, *Humanistas canarios de los siglos XVI a XIX*, T. I. *Contexto histórico-literario*, La Laguna, pp. 189-211, 223-254, 262-272, 281-290, 293-298. También, *Id.*, «El Humanismo canario del siglo XVIII: situación y perspectivas», en Y. Arencibia-R. Fernández Hernández (eds.), *Historia crítica. Literatura canaria. Vol. 2. Siglo XVIII*, Las Palmas de Gran Canaria, 2003, pp. 105-129.

⁸ A este respecto véase F. Salas Salgado, «Agustinos contra jesuitas: dos conflictivas provisiones de cátedra de gramática en La Laguna del Siglo XVIII», *Anuario de Estudios Atlánticos* 36 (1990), pp. 65-78.

cráticas, de la política, de la administración o de la milicia, en las cuales se discutía de variados asuntos y se daban a conocer los adelantos y conocimientos ocurridos en Europa. En concreto, en La Laguna, la más conocida fue la llamada Tertulia de Nava, que significó, como indica V. Galván González, un «intento de modernización y de vanguardia intelectual de aquellos años y de revulsivo para una sociedad atrasada y morigerada».⁹ Aparte de dirigir sus atenciones a asuntos sociales, se mentaban y discutían nuevas lecturas, libros prohibidos, que lograban pasar el filtro de una inquisición endeble. Importancia en esa Tertulia tuvieron Tomás y Alonso de Nava y Grimón, V y VI marqués de Villanueva del Prado. Fue Tomás de Nava, diestro en las lenguas latina, francesa, inglesa e italiana, quien puso su empeño «en juntar una selecta Biblioteca, compuesta principalmente de libros franceses que eran lo que entonces derramaban por Europa las luces de la filosofía, y el gusto a la literatura, y entre los cuales se hallan muchos de teología, de sermones, etc.»,¹⁰ ampliada luego por su hijo, también políglota, y aficionado a los viajes y a la lectura (se entiende así lo dicho antes sobre los gustos lectores). Esa Tertulia, como se indica, fue «predecesora en el panorama cultural lagunero de lo que luego sería la Económica» y el fondo atesorado por los prebostes laguneros integró a principios del siglo XX la biblioteca de la Económica de Tenerife.

También esta Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, entidad propia del este siglo, fue sensible a los estudios de los clásicos latinos.¹¹ Fundada en 1777 tuvo entre sus intereses la educación e instrucción, con una atención preferente al estudio de Latinidad que existía desde el Quinientos en La Laguna, y la creación (que no se logró) de un Seminario de Nobles, en el que se impartiría la enseñanza de la Gramática Latina, la Retórica y la Poética.

Asimismo, por algunos planes de estudios realizados por socios de la Económica y por la convocatoria de plazas a la cátedra de

⁹ V. Galván González, «La Tertulia de Nava y el nacimiento del periodismo», en Y. Arencibia-R. Fernández Hernández (eds.), *op. cit.*, p. 82. También por las noticias curiosas que trae E. Romeu Palazuelos, *La Tertulia de Nava*, La Laguna, 1977.

¹⁰ J. M. Castellano Gil-F.J. Macías Martín, *op. cit.*, pp. 22-23. El dato lo toman de Archivo RSEAPT: Fondo Nava. Tomo I, *Nobleza y servicios*, s. f.

¹¹ Cf. para más datos, F. Salas Salgado, «La Real Sociedad Económica de La Laguna y el estudio municipal de Gramática a fines del reinado de Carlos III (1777-1790)», *Fortunatae* 4 (1992), pp. 291-312.

Gramática, podemos conocer los autores clásicos (repito, fundamentalmente, latinos) que entraban en los planes de enseñanza. Unos *Selecta Latinis Sermonis* se dan la mano con autores como Cicerón del que se recomienda una selección de *Oraciones* y del *De officiis*, y las *Epístolas familiares*; entran también prosistas como Salustio, los *Comentarios* de César y Cornelio Nepote. Entre los poetas se recomiendan los *Tristia* y *Metamorfosis* de Ovidio, Virgilio (cuya *Eneida* es objeto además de oposición) y el *Arte poética* de Horacio.

Casi todos estos autores se encuentran en el Fondo de Nava junto con otros que no estaban recomendados pero cuya aparición revela la importancia que adquieren, sin olvidar tampoco el peso que todavía tenía la tradición.

3. Ciertamente, obviando los libros que tienen que ver con la enseñanza de las lenguas clásicas, algunos de los cuales suponen una renovación metodológica¹² y de otros que pertenecen a la centuria siguiente¹³ (muchos de estos libros tienen que ver con la enseñanza de estas lenguas), se constata la presencia de autores griegos y latinos en proporción desigual, por la lógica ventaja que tenía el latín frente al griego desde el Renacimiento.

¹² Es el caso de la existencia de textos novedosos sobre el aprendizaje de la lengua latina como el de R. P. Barbadiño (FC, n° 198) (seudónimo de Luis Antonio Verney), *Verdadero método de estudiar, para ser útil a la república, y a la iglesia, proporcionado al estilo, y necesidad de Portugal* (cf. sobre el mismo E. Gallego Moya, «La enseñanza del latín en el Verdadero método de estudiar de Verney» en E. Calderón, A. Morales, M. Valverde [eds.], *Koinos logos. Homenaje al profesor José García López*, Murcia, 2006, pp. 237-246). También se encuentran, entre otros, un *Diccionario de la lengua latina* (FC, n° 2), una *Gramática Latina* sin especificación de autor (FC, n°s. 383 y 421), los tomos I y II de la *Gramática de la Lengua Griega* de Juan de Cuenca (FC, n°s. 421 y 422), el *Dictionnaire universel, françois-latin* de R. Lallemand (FF, n° 298) o *Le Jardin des racines grecques mises en vers françois* de C. Lancelot (FF, n° 299).

¹³ Así las selecciones de textos, como el tomo II de *Autores selectos de la más pura latinidad* de Leonardo Núñez de Vargas (FC, n° 371), la *Colección de las partes más selectas de los mejores autores de pura latinidad* (FC, n° 373) o la *Colección de autores selectos, latinos y castellanos, para uso de los institutos, colegios y demás establecimientos de segunda enseñanza del Reino* (FC, n° 375; cf. también FC, n°s. 376, 377 y 378). Entre las gramáticas y métodos para estudiar la lengua griega se encuentran la de Canuto María Alonso Ortega (FC, n° 393), el Método adoptado por la universidad de Francia de Jean Burnouf (FF, n° 290), el Suplemento a la gramática griega o *Idiotismes de la langue grecque, suivis d'observations adressées a M. Hermann* de J. B. Gail (FF, n° 294), y las latinas de Miguel Avellana (FC, n° 401) y José Carrillo (FC, n° 413).

3.1. Ciertamente, los textos de autores griegos corresponden principalmente a traducciones, tanto al castellano como al francés.¹⁴ Por lo menos en España, como asegura C. Hernando,¹⁵ la recuperación de esta lengua se dio en el último tercio del siglo XVIII con abundancia de traducciones, ediciones bilingües, traducciones al latín, la aparición de diversas gramáticas de la lengua griega, primeros ensayos sobre la tragedia y la comedia, y las primeras catalogaciones de códices escritos en dicha lengua.

El interés que suscita Homero y, por ende, la poesía épica, en todos los siglos es incuestionable. La posibilidad de conocer el entramado mítico griego a través de sus obras lo convirtieron en modelo literario. Pero, además, como indica R. Pfeiffer, «Homero, que había sido relegado a último término durante algún tiempo, empezó a representar mayor papel desde el principio del siglo XVII».¹⁶ El Fondo de Nava conserva, de la segunda mitad del siglo XVIII, la traducción de la *Iliada* de 1764, con reflexiones sobre el autor, realizada por M. Bitaubé (FF, n° 405), literato alemán de origen francés, quien gracias a esta versión entró a formar parte de la Academia de Berlín. De 1810 es la traducción al francés de las obras completas de este autor, con texto griego, versión interlineal en latín y notas de J. B. Gail. (FF, n° 404).

La lírica griega arcaica también está presente. Anacreonte, representante de ese género, tuvo especial incidencia en el siglo XVIII, particularmente en España. La inesperada edición realizada en 1554 por H. Estienne de una extensa serie de odas atribuidas a Anacreonte hizo creer que se había descubierto al poeta griego, propiciando la asunción de temas propios de este género en la cultura occidental. Figuras como Meléndez Valdés, Jovellanos, Cadalso o Trigueros participaron en la recuperación del género ana-

¹⁴ Es de notar la diferencia de conocimientos que en esta lengua se tenía en ambos territorios. Queda claro en la queja de Felipe V, ante la Universidad de Cervera, que había fundado, donde argumentaba que las lenguas griega y hebrea eran conocidas por todo hombre docto en Francia, cuando en territorio español «es muy raro el que las entiende». Cf. L. Gil-C. Hernando, «Sobre las oposiciones de griego en el siglo XVIII», *Habis* 6 (1975), p. 53. Es de notar que muchos de los autores que encontramos en el Fondo de Nava eran objeto de examen en las oposiciones que se hacían a quienes pretendían acceder a una cátedra en esta lengua.

¹⁵ C. Hernando, *Helenismo e Ilustración. (El griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, 1975, p. 10.

¹⁶ Cf. R. Pfeiffer, *Historia de la Filología clásica. II. De 1300 a 1850*, versión española de J. Vicuña y M.^a R. Lafuente, Madrid, 1981, p. 228.

creóntico.¹⁷ De esta manera encontramos en un volumen reunido las *Poesías de Anacreón, Teócrito, Bión y Mosco* traducidas en 1796 por José Antonio Conde (FC, nº 388) y la traducción al francés de 1716 de Anacreonte y Safo realizada por M. Dacier, «augmentée des notes latines de Mr. Le Frevre» (FF, nº 310). Cabe indicar que la presencia de autores como Teócrito puede probar la extraordinaria difusión que tiene en este siglo la poesía bucólica, donde la alabanza a la vida rural y la idealización de lo rústico propiciaron el acercamiento al autor griego, que se convertiría en modelo de la doctrina ilustrada de la fisiocracia.¹⁸ Esta tradición continúa la dirección de la poesía bucólica del Renacimiento y Barroco, pero con una nueva estética, que denota la evolución en la originalidad y técnica creadoras del género.

Se encuentran también las *Obras poéticas de Píndaro en metro castellano con el texto griego y notas críticas*. (FC, nº 497), autor recuperado en estos momentos,¹⁹ traducido en 1798 por Francisco Patricio de Berguizas.

La preceptiva literaria aparece en la traducción anotada al francés de la *Poética* de Aristóteles, edición de 1692 (FF, nº 311), y de la época del helenismo existen dos traducciones también al francés (FF, nºs. 500 y 501) de los *Caracteres* de Teofrasto de 1699 y 1700, obra cuyo mayor interés radica por el carácter moralizador de los retratos humanos que aparecen descritos.

Igualmente de esta época se encuentra el que es considerado el más importante historiador judío, Flavio Josefo (existen los tomos I y II, quinta edición de 1711) en la traducción de Juan Martín Cordero, *Historia de las Guerras de los Judíos y de la destrucción del Templo y ciudad de Jerusalén* (FC, nº 611), obra que algunas

¹⁷ Cf. por ejemplo A. Rubió y Lluch, *Estudio crítico-bibliográfico sobre Anacreonte y la Colección Anacreóntica y su influencia en la literatura antigua y moderna*, Tesis Doctoral, Barcelona, 1879; E. Pérez Benito y C. Morán Rodríguez, «La recepción de las Anacreónticas en el siglo XVIII en España», en E. Suárez de la Torre (coord.), *Teoría y práctica de la composición poética en el mundo antiguo y su pervivencia*, Valladolid, 2007, pp. 339-361; y, sobre todo, M. Nang, *La poesía anacreóntica en España en el siglo XVIII*, Tesis Doctoral inédita, Madrid, 1990.

¹⁸ Cf. B. Hompanera, «Bucólicos griegos, sus traductores e imitadores en España», *Ciudad de Dios*, 62 (1903), pp. 200-208 y 629-640; 63 (1904), pp. 114-122 y 191-196.

¹⁹ Cf. J. Checa Beltrán, «La recuperación de Píndaro en el canon neoclásico español», en J. M.^a Maestre Maestre - L. Charlo Brea - J. Pascual Barea (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico: homenaje al profesor Antonio Fontán*, III. 4, Madrid, 2002, pp. 1945-1954.

lumberas de este siglo, caso de Casimiro Flórez Canseco, sugieren que se incluyan entre los historiadores a enseñar en las escuelas.²⁰

Sendos volúmenes se localizan de Plutarco, autor de época imperial, en ediciones del Quinientos y del Setecientos. En efecto, seis tomos (tercera edición) se cuentan de la traducción del obispo de Auxerre, Jacques Amyot, de las *Vidas de los hombres ilustres*, realizada en 1567 (FF, n° 453 a), y cinco (segunda edición) de fecha de 1574 (FF, n°s. 454a y 454b) de las *Obras morales*, donde se encargó de revisar muchos pasajes. M. Sabathier coleccionó en 1769 en *Le Manuel des Enfants, ou les Maximes des vies des hommes illustres de Plutarque* (FF, n° 453b), máximas de la *Vida de los hombres ilustres* del escritor griego, «& les a jointes à des anecdotes intéressantes & bien choisies» como reseñaba el Mercurio de Francia en 1769.²¹ La causa de la existencia de tantos volúmenes dedicados a este autor pudiera deberse, como ha destacado J. S. Lasso de la Vega,²² al interés y apogeo de Plutarco en el siglo XVIII, en ediciones, tanto para las *Vidas* (la inglesa de Bryan o la alemana de J. J. Reiske) como para *Moralia*, y en traducciones, principalmente las francesas de Dacier y del abate Ricard, la italiana de Girolamo Pompei, la inglesa de varios autores que corre bajo el nombre de Dryden y la de W. Langhorne, así como las alemanas de Kind, Schirach y la muy difundida de Kaltwasser.

Por último, la filosofía de esta época está representada en los *Los doce libros del Emperador Marco Aurelio* (FC, n° 475), traducido por Jacinto Díaz de Miranda, obra estudiada hace años por L. Gil.²³

3.2. Como dije los autores latinos son más en número, y los hay casi de todas las épocas, con notables ausencia en lo que respecta a otras bibliotecas.

De esta manera de la literatura de época republicana y augústea encontramos las obras de Plauto y Terencio. El primero, denostado en los cánones medievales, fue apreciado posteriormente. Autores como San Isidoro de Sevilla, Dante o Alvar Gómez de Castro así lo

²⁰ Cf. C. Hernando, *op. cit.*, p. 108.

²¹ *Mercure de France, dédié au Roi. Par une Société de Gens de Lettres*, Paris, 1769, p. 75.

²² Cf. J.S. Lasso de la Vega, «Traducciones españolas de las 'Vidas' de Plutarco», *EClás* 35 (1962), pp. 505-506.

²³ Cf. L. Gil Fernández, «Jacinto Díaz Miranda, colegial de San Clemente y traductor de Marco Aurelio», *Studia Albortiana* 37 (1979), pp. 565-682.

demuestran.²⁴ *Les oeuvres de Plaute en latin et en françois* (Amsterdam, 1719) están traducidas por H. P. de Limiers (FF, n° 452). De las *Comedias* de Terencio, cuya fortuna en territorio hispano ha estudiado magistralmente por L. Gil,²⁵ hay tres tomos (FF, n° 497) de la traducción en francés (Amsterdam, 1706) de M. Dacier.

La influencia de Lucrecio en Europa, estudiada por von Albrecht,²⁶ fue importante en Francia en la época de la Ilustración.²⁷ Lucrecio, influido en el atomismo por Epicuro, parece estar presente en los materialistas franceses de los siglos XVII y XVIII, representados en P. Gassendi (muerto en 1655), el renovador de la filosofía epicúrea, y en otro eximio representante, el cardenal de Polignac (muerto en 1742), autor de un libro titulado *Anti-Lucretius, sive de Deo et natura* en nueve libros (1747), publicado póstumamente, y dirigido esencialmente contra Pierre Bayle (muerto en 1706). Se conserva en Nava un *Lucrece de la Nature des choses* Lyon, 1695), traducción francesa, en dos tomos, con notas que explican los lugares más difíciles, debida a Decoutures (FF, n° 425)

El poeta latino Catulo encuentra en el siglo XVIII terreno abonado por la presencia de algunas piezas que se convertirían en tópicos entre los cultivadores de la poesía, especialmente los epitalamios o los que imitan el famoso poema que describe el *passer Lesbiae*.²⁸ Del poeta de Verona hay un tomo titulado *Les Amours de Catulle* (París, 1771) traducido por M. de la Chapelle (FF, n° 338) y la traducción en prosa (FF, n° 327) de Alexandre-Frédéric-Jacques Masson, marqués de Pezay, de este autor junto a Tibulo y Galo (Amsterdam y París, en dos tomos realizada en el mismo año).

Virgilio es el autor que cuenta con más obras en esta biblioteca. La importancia de su poema épico, la *Eneida*, en cualquier época es reconocida. A su vez, la Ilustración recupera al Virgilio de las *Églogas* y de las *Geórgicas*. El agrarismo ilustrado de la obra

²⁴ Cf. E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina*, trad. española de M. Frenk Alatorre y A. Alatorre, t. I, Madrid, 1984, pp. 367-372.

²⁵ L. Gil, «Terencio en España: del Medievo a la Ilustración», en M^a. F. de Souza e Silva-B. Rabaza-A. Pociña Pérez (coords.), *Estudios sobre Terencio*, Granada, 2006, pp. 431-460.

²⁶ Cf. M. von Albrecht, «Fortuna europea de Lucrecio», *CFC(L)* 22 (2002), pp. 333-362.

²⁷ Cf. A. Fusil, «Lucrèce et les littérateurs, poètes et artistes du XVIIIème siècle», *Revue d'histoire littéraire de France*, 37 (1930), pp. 161-176.

²⁸ J. L. Arcaz Pozo, «Catulo en la literatura española», *CFC* 22 (1989), pp. 269-270; y especialmente, *Id.*, «Catulo en el siglo XVIII español», *Studi Ispanici* 35 (2010), pp. 195-218.

de Trigueros o de Jovellanos, o la inspiración pastoril y rural que vemos en Meléndez Valdés o el P. José Iglesias de la Casa dan fe de ello. Encontramos así un tomo de la traducción de la *Eneida* realizada por Gregorio Hernández de Velasco en 1776, con el suplemento de la esta obra compuesto por Mapheo Veggio, traducido por el mismo Velasco, con una tabla que contienen la declaración de varios vocablos difíciles que hay en la obra (FC, n° 522) y la traducción al francés también de este poema épico de Jacques Delille, en cuatro tomos, publicada en París en 1804 (FF, n° 510a) (existe también una segunda edición de 1813 [FF, n° 510b] también en París en cuatro tomos, en el último de los cuales se encuentran también traducidas las *Bucólicas* y las *Geórgicas*).

De las *Bucólicas* hay una edición de 1793 (FF, n° 509) sin más indicación que el título.

Los demás volúmenes de Virgilio pertenecen a la traducción de las obras completas. De algunos sólo se conservan algunos tomos. Ocurre así con la traducción de Gregorio Mayans, impresa en Valencia en 1795 (FC, n° 523), o la segunda edición de la versión (París, 1686) al francés de Martignac (FF, n° 506), de la que sólo se encuentra el tomo II correspondiente a la traducción de los seis primeros libros de la *Eneida*. Otros tomos recogen la totalidad de su obra. Así la traducción (París, 1717) en prosa poética con notas por Jean Malleman (FF, n° 507), y la realizada con *le texte vis-à-vis* (París, 1770) por P. F. Guydot Desfontaines en cuatro tomos (FF, n° 508).

Horacio es un autor que ha gustado en todos los tiempos, sobre todo su *Arte poética* considerada más como preceptiva que como poema. Pero también, como indica V. Cristóbal, «a lo largo del siglo XVIII son infinidad los ingenios que se acogen a la Musa venusina»,²⁹ como Nicolás Fernández de Moratín, Cadalso, Iglesias de la Casa, Meléndez Valdés, etc. De especial interés, por la fecha, es la traducción realizada por Juan Villén de Biedma,³⁰ publicada en Granada por Sebastián de Mena en 1599, la primera traducción castellana de la obra completa del lírico latino, acompañada de co-

²⁹ Cf. V. Cristóbal, «Introducción general» a Horacio, *Odas y Epodos*, ed. bilingüe de M. Fernández-Galiano y V. Cristóbal, trad. de M. Fernández-Galiano, Madrid, 1990, pp. 59-62.

³⁰ Cf. E. J. del Campo López, «La declaración magistral de Villén de Biedma sobre las obras de Horacio», en A. Espigares, A. M.^a Aldama, M.^a F. del Barrio (coords.), *Nova et vetera: nuevos horizontes de la Filología Latina*, vol. 2, Madrid, 2002, pp. 907-917.

mentarios etimológicos y morales (FC, n° 407). Y Horacio también se encuentra traducido al francés (París, 1756) en dos tomos, con notas de uno los mejores intérpretes del autor latino, el jesuita Sanadon. El primero de los tomos contiene la traducción de las *Odas* y el segundo las *Sátiras* y *Epístolas* (FF, n° 406).

Ovidio es otro autor que cuenta con varios volúmenes traducidos de su obra. Es a través de la traducción donde el poeta de Sulmona pareció influir en los siglos XVII y XVIII, sobre todo a partir de las versiones francesas, realizadas ya en época de Luis XIV. Independientes están la traducción anónima de las *Epístolas* publicada en Rouen, en 1676 (FF, n° 441) y las *Metamorfosis*, «avec des explications à la fin de chaque fable», realizada por el abate Bellegarde, y publicada en París, en 1701 (FF, n° 443). Las obras completas de Ovidio aparecen traducidas en nueve tomos por Étienne Algay de Martignac en Lyon en 1697 (FF, n° 442). Se conserva, además, un tomo de *Les Oeuvres galantes et amoureuses d'Ovide* sin mención de traductor, publicado en Ginebra en 1777 (FF, n° 444).

Por último, para terminar con los poetas, se encuentra la traducción de Tibulo realizada por M. de la Chapelle en París, en 1713 (FF, n° 503), cuya pervivencia es clara desde su redescubrimiento por humanistas como Juan Segundo, Pedro Lotiquio o Cariteo³¹ (sólo se mencionan los tomos segundo y tercero).

Entre los historiadores de finales de la República se conservan la celebrada traducción de *La conjuración de Catilina y la guerra de Jugurta* (Madrid, 1782) de Gabriel Antonio, hijo de Carlos III (FC, n° 683) y el tomo I de *Los comentarios de Cayo Julio César* publicada en Madrid, 1789, (FC, n° 418), cuyo traductor fue Manuel de Valbuena, catedrático de retórica de los Reales Estudios de Madrid.

Son más los volúmenes que aparecen de Cicerón, autor indiscutible en la enseñanza de la lengua latina. Conocida es la polémica desatada siglos atrás sobre la pertinencia de imitar sólo a este autor para la prosa, cuya presencia en España ha sido estudiada por varios autores desde el esbozo general de J. Guillén.³²

Encontramos una primera traducción, sin fecha, de los tratados *De amicitia* y *De senectute*, junto a *Paradoxa*, realizada sobre la edición latina de Graevius por M. du Bois en París (FF, n° 334). Los

³¹ Cf. F. Moya del Baño, *Presencia de Tibulo*, Murcia, 1982.

³² J. Guillén, «Cicerón en España», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi ciceroniani*. Roma 1959. II, Roma, 1961, pp. 247-282.

Oficios de Cicerón también fueron traducidos por du Bois, sobre la edición del mismo Graevius, en 1748 en París (FF, n° 331). Tres tomos de *Discursos* escogidos de Cicerón, sin mención de traductor, aparecen editados en París en 1763 «avec le latin à côté, sur l'édition de Graevius» (FF, n° 332). Por último de 1766, también en París, es la traducción en dos tomos de Pierre Thoulhier, abad de Olivet, de los *Entretiens de Ciceron sur la nature des dieux* (FF, n° 333).

De los autores de época imperial encontramos en poesía, en primer lugar, la traducción anotada de *Fábulas de Phedro, liberto de Augusto* (Madrid, 1774) para el uso de los principiantes de las escuelas de Gramática (FC, n° 381), cuyos imitadores en el siglo XVIII son de sobra conocidos.³³

Jérôme Tarteron, religioso jesuita, profesor del colegio Luis el Grande, tradujo en 1752, las *Sátiras* de Persio y Juvenal (FF, n° 446), recomendadas desde la Edad Media y el Renacimiento por su carácter moralizante al censurar los vicios y defectos de la sociedad. Sólo de Juvenal se encuentra una traducción española (FC, n° 467) de 1817, en verso, por el que llegaría ser obispo de Tenerife, Luis Folgueras Sión, entonces Deán de la Santa Iglesia de Orense, y Académico correspondiente de las Reales Academia de la Historia y Latina Matritense.

Lucano, apreciado en el Renacimiento por sus juicios morales y filosóficos, recomendado por Vives, que lo considera el mejor poeta latino, y citado por muchos humanistas como Nebrija, El Brocense o Arias Montano, tiene también cabida en la biblioteca de Nava. En dos tomos (FF, n° 423) se traduce la *Farsalia* (París, 1767) por J. F. de Marmontel, figura destacada de la Ilustración y colaborador en la redacción de la *Enciclopedia*.

En prosa encontramos varias obras de Tácito, quien, como se ha puesto de manifiesto, recuperó su presencia en Europa, sobre todo a raíz de la edición realizada en 1757 por Justo Lipsio, siendo su obra muy del gusto de los tratadistas políticos de los siglos XVI y XVII, y en el «siglo de las luces, pasará Tácito a ser considerado como un paladín en la lucha contra los abusos del poder personal»,

³³ Cf., así, para Samaniego, E. Palacio Fernández, «Las Fábulas de Félix María de Samaniego: fabulario, bestiario, fisiognomía y lección moral», *Revista de Literatura* 119 (1998), pp. 79-100.

como afirmaba J. L. Moralejo.³⁴ Encontramos de este autor la obra de Baltasar Álamo de Barrientos (FC, n° 390) *Tácito en español* (Madrid, 1618) y las traducciones al francés de J. H. Doteville, (París, 1772) con texto latino y notas (FF, n° 493) y de M. Durau de Lamalle, *associé étranger de l'Académie d'Angers* (París, 1790) en tres tomos (FF, n° 494).

4. Vista la anterior relación, se puede deducir el interés que los autores grecolatinos tenían todavía en el siglo XVIII en lugares tan alejados de los principales centros culturales, y la intención de que las obras escritas por éstos llegaran a más gente posible, circunstancia esta, sobre todo, que se manifiesta en el hecho de que los libros de Nava son todos traducciones, la forma más importante de recepción de un autor en cualquier época.

Sin embargo, el reducido número de obras de clásicos en esta biblioteca (si lo comparamos con otras) es síntoma de que algo había cambiado entonces, sobre todo, como bien ha estudiado B. Bartolomé,³⁵ por la diferente perspectiva que tuvieron entonces estos estudios. A este respecto, los ilustrados se cuestionaron el servicio que las humanidades clásicas tenían en la sociedad y la dirección de la reforma que el Estado tenía que hacer de las mismas. Las propuestas que se realizaron, en este sentido, eran diferentes, porque también diferente era lo que ocurría en las diversas partes del territorio español. Se apostó por considerar la enseñanza de los clásicos como parte de apoyo y complementariedad de la educación media, con una orientación laica y estrictamente científica, acompañado todo de una renovación metodológica.

Y es que el acceso a la cultura, y por lo que aquí atañe la cultura clásica, era un objetivo que asumieron muchos ilustrados, como indica de M.^a L. López-Vidriero:

Producto de la mentalidad ilustrada, hay un interés general por el acceso al libro y por la difusión de la lectura como medio útil de conseguir la educación y el progreso de la nación: al crecimiento espectacular –en términos nacionales– de colecciones bibliográficas de acceso público (Reales Estudios de San Isidro en 1770, Colegio

³⁴ Cf. J. L. Moralejo, «Introducción» a Tácito, *Anales*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 29. Cf. especialmente, B. Antón Martínez - J. Simoni, *Tácito en el siglo XVIII*, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Valladolid, 1999.

³⁵ B. Bartolomé, «Las escuelas de gramática», en B. Delgado Criado (coord.), *Historia de la educación en España y América. La educación en la España Moderna (Siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 1993, pp. 812-821.

de Cirugía en 1804, Gabinetes de Lectura, Bibliotecas de Sociedades Económicas, etc.) a las que aluden los viajeros en sus libros, contribuyen tanto las disposiciones legales como la actitud de una élite vinculada a las Luces.³⁶

Ya antes se habían aportado datos sobre la enseñanza de los clásicos en La Laguna en el siglo XVIII, donde se daba una situación que parece repetirse en otros lugares, a saber, la existencia de diversos establecimientos en los que se impartía la docencia de la lengua latina de forma desigual, en este caso, la escuela municipal y las escuelas que tenían algunas órdenes religiosas. Puede ser ese interés por la mejora en los diversos estadios de la enseñanza, dentro de los cuales, el estudio de Gramática, como vimos, tenía especial importancia, lo que llevó a conformar bibliotecas que propiciaran un acercamiento a las obras de los escritores de la Antigüedad. La biblioteca de Nava así, sin olvidar los gustos particulares de los que adquirirían el material libresco, puede responder a ese interés, descrito antes, que había en las élites ilustradas, ejemplificadas en este caso por la Tertulia ilustrada homónima y por la Económica de Tenerife.

Pero también, la conformación de esa biblioteca (patente ello en los autores clásicos) viene a corroborar el prestigio que entonces tenía la cultura francesa. Es evidente el interés por la adquisición de libros en esa lengua, algunos de ellos –en el caso que nos ocupa– realizados por renombrado literatos y filólogos, caso de M. Dacier.

Resulta también relevante que coincida la formación de esta biblioteca con el reinado de Carlos III, hecho que explican las siguientes palabras de L. Gil:

Desde el advenimiento de Carlos III el número de lectores aumenta considerablemente en razón de tres causas (descontadas las nuevas inquietudes intelectuales): las facilidades dadas a la importación de libros, el auge de la actividad editorial y el desprestigio creciente de la Inquisición. El comercio librero con Francia a través de la frontera de Irún y del puerto de Cádiz, donde había una importante colonia francesa, ha sido bien descrito por Marcelin Defourneaux, quien ha puesto de relieve cómo se obviaban los trámites aduaneros y las restricciones impuestas por la legislación. Las academias y sociedades científicas solicitaban licencia para comprar y tener obras

³⁶ M.^a L. López-Vidriero, «La imprenta en el siglo XVIII», en H. Escolar Sobrino (dir.), *Historia ilustrada del libro español. De los incunables al siglo XVIII*, Madrid, 1994, p. 208.

prohibidas y éstas les eran concedidas con la limitación, no siempre cumplida, de su custodia en lugar reservado y de su consulta exclusiva por los autorizados de la misma. La infracción de esta norma, sin embargo, era un secreto a voces. Es más, el auge de las sociedades de Amigos del País se debió en buena parte al aliciente de poder leer en sus bibliotecas obras de esta índole.³⁷

Se percibe, además, que en la relación anterior hay ausencias ciertas de determinados autores clásicos, pero se puede entender una preocupación por conformar una colección de ellos (creo que más que suficiente), que luego eran objeto de estudio.³⁸ De todas las maneras, lo que es de destacar (y de agradecer para los tiempos que corren) es la existencia todavía, en suelo insular, de estos autores de la Antigüedad Clásica, lo cual permitiría confirmar, incluso proporcionar nuevos datos, la realización de nuevas investigaciones. Queda muchísimo por hacer. El siglo XVIII desde el punto de vista de los filólogos latinos ha sido poco transitado. Si nos atenemos sólo a las obras escritas en latín, basta con ojear la *Bibliografía* de escritores de este siglo de F. Aguilar Piñal para comprobar que existe una ingente cantidad de textos que espera esa mano inquieta que las recupere. Y en este estado de cosas, el ejemplo de nuestro homenajeado debe ser un aliciente para las futuras generaciones.

SALAS SALGADO, Francisco, «Clásicos latinos e Ilustración: la biblioteca de Nava», *SPhV* 14 (2012), pp. 431-446.

RESUMEN

Los libros que conforman las bibliotecas son una fuente directa para conocer y entender la recepción de una cultura determinada. En este trabajo, el estudio concreto de la presencia de los libros de los autores grecolatinos en una biblioteca conocida como

³⁷ L. Gil, *Panorama...*, p. 687.

³⁸ Faltan autores como Séneca, Tito Livio, Marcial o Quintiliano, algunos de los cuales entonces se daban en determinados planes de estudio como la famosa *Ratio studiorum* de los jesuitas, orden que tuvo gran aceptación en La Laguna en el siglo XVIII. Cf. la nota 8 del presente trabajo.

«Fondo de Nava», y en un época concreta, el siglo XVIII, permite conocer y valorar la presencia que la cultura clásica tenía en un momento donde imperaban otros intereses formativos en un territorio, Canarias, que asumió prontamente las nuevas corrientes de pensamiento.

PALABRAS CLAVE: Clásicos grecolatinos; Biblioteca; Siglo XVIII.

ABSTRACT

The books that make Libraries are a direct source to know and understand the reception of a particular culture. In this paper, the specific study of the presence of the Greek and Roman books by a particular library, called «Fondo de Nava», and in a particular time, the Eighteenth Century, can know and appreciate the presence of Classical Culture was still prevailing at a time when other cultural interests in a territory, Canary Islands, which quickly became the new currents of thought.

KEYWORDS: Graeco-Latin Classics; Library; Eighteenth-Century.